



*Los
escándalos
de las
inconformistas
Libro 3*

ELLIE
ST. CLAIR

Descubriendo
al Barón

Ella le espía. Él está comprometido con otra. ¿Se alinearán alguna vez sus astros?

La astrónoma Celeste Keswick se pasa las noches observando el firmamento, intentando descubrir ese planeta esquivo que ella sabe que está ahí arriba pero que aún no puede ver. Su hermano está convencido de que hay una manera de lograrlo: espionar al hombre que puede que lo encuentre primero. Pero lo que Celeste no sabe es lo que se va a despertar en su interior.

Lord Oliver Cunningham es barón, sí, pero lo que más desea en la vida, casi lo único, es poder dedicarse a estudiar las estrellas y descubrir sus secretos. Tiene claro que ha llegado el momento de casarse y tener descendencia, sobre todo un heredero, así que finalmente acepta un matrimonio acordado y de conveniencia. Pero pronto se arrepiente de esa decisión, pues se da cuenta de que su nueva ayudante es mucho más de lo que aparenta.

En la frenética carrera para realizar primero un importante descubrimiento astronómico, Celeste tiene que decidir entre mantener la lealtad a su hermano o ayudar al hombre del que se está enamorando, pero al que no puede aspirar. Mientras, Oliver no es capaz de decidir cuál es el menor de dos males: tener que ver todos los días a Celeste, aún sabiendo que no puede ni siquiera tocarla, o darle vueltas a la idea de pasar el resto de su vida sin ella.

NOTA DE LA AUTORA

A menudo me preguntan en qué me inspiro para crear mis personajes.

La serie está dedicada a mujeres del pasado, y se basa en ellas. En *Descubriendo al barón* he tenido la posibilidad de incluir referencias a una mujer cuyo nombre siempre irá unido a los logros que consiguió en su época.

Al contrario que en otros casos, he preferido incluir esta nota al principio del libro para que puedas separar la realidad de la ficción antes de empezar la lectura.

John Herschel está presente en la historia, y también se menciona a su padre, William, y a su tía Caroline. Los tres son personajes reales de la época en la que se desarrolla la novela, y más concretamente renombrados astrónomos. Su aparición en la novela forma parte de la ficción, aunque he procurado que el personaje de John Herschel se parezca lo más posible a lo que se ha escrito sobre su carácter.

Caroline dedicó toda su vida a ayudar a su hermano William, aunque fue más que una mera asistente y descubrió por sí misma cometas y otros astros. Resumiendo, dedicó su vida a su hermano y a la ciencia de la Astronomía.

Pido perdón por adaptar la historia a la novela. El planeta que intentan descubrir los personajes, es el que hoy conocemos con el nombre de Neptuno, que no fue descrito hasta 1846; en cualquier caso, no es desdeñable la posibilidad de que los astrónomos lo logaran antes. De

hecho, algunos estudiosos apuntan la posibilidad de que Galileo lo hubiera contemplado en 1612, pero lo catalogara como estrella, no como planeta.

El método de búsqueda del planeta que aplican los personajes de la novela es el mismo que siguieron los verdaderos astrónomos para descubrir Neptuno.

Teniendo en cuenta todo esto, les prometo que la ciencia ocupa un espacio marginal y al servicio de la trama. De no ser así, estas páginas podrían haberse convertido en un libro de texto sobre Astronomía en lugar de ser una novela romántica histórica. La historia de amor es la clave de la ficción, y te está esperando.

CAPÍTULO 1

LONDRES, 1821

No había nada en el mundo como una noche clara y sin nubes.

Celeste Keswick se puso las manos en la boca, sopló para calentarlas y después se las frotó. Tenía un poco de frío, y era culpa solo suya por no haberse puesto los guantes antes de salir al jardín. Era pleno verano, sí, pero el aire de Londres siempre se mantenía fresco en esa época del año, por lo que debía haberse preparado para ello.

Volvió a colocar el ojo junto a la lente del telescopio para observar las estrellas, que para ella eran tan familiares como los macizos repletos de flores que tenía a su alrededor. Colocó la mano sobre el largo cilindro metálico y lo movió con cuidado para recorrer el cielo, deteniéndose a observar de vez en cuando el mapa de las estrellas que tenía al lado para comprobar si algo de lo que veía se salía de lo habitual, o si faltaba algo.

Todo estaba en su sitio. Por lo menos hasta ese momento.

—¿Celeste?

Soltó un pequeño bufido y dio un respingo de sorpresa, desplazando a un lado el telescopio, y estuvo a punto de trastabillar al darse la vuelta.

—¿Nicholas?

Su hermano salía en ese momento al fresco aire de la noche, sin dejar de escudriñar el cielo mientras se acercaba. Se retiró de la frente un mechón de pelo rojo, exactamente del mismo tono que el de ella, y después la miró. Incluso a la luz de la luna podía distinguir sus pecas. Y seguro que él también las de ella.

No la riñó por estar al fresco sin suficiente ropa de abrigo, ni por estar levantada tan tarde, como habría hecho el resto de la familia.

Y es que eso era precisamente lo que esperaba de ella.

—¿Has encontrado algo?

Negó con la cabeza.

—No. Esta noche nada. De todas formas, la noche es preciosa, Nicholas. Si hay momentos óptimos para encontrar algo, este es uno de ellos.

Llegó a su lado y echó un vistazo por el telescopio, no sin antes reajustarlo a su visión.

—Tienes razón —confirmó asintiendo—. Me gustaría tener algo un poco más potente. Puede que tengamos que construir nuestro propio telescopio, como hizo Herschel.

Celeste asintió sin contestar, puesto que sabía que su hermano no era capaz de acabar lo que empezaba. Nicholas ansiaba alcanzar el nivel científico del hombre que tanto admiraba, William Herschel, pero, en el fondo de su corazón, ella sabía que su hermano no lograría nunca el mismo nivel de éxito.

Y es que había una diferencia clave: Herschel se dedicaba en cuerpo y alma a su trabajo, mientras que lo que Nicholas deseaba de verdad era la notoriedad, y no soportaba bien las horas de trabajo con el ojo pegado al telescopio, los tediosos cálculos y el estudio de mapas y del trabajo de otros.

Esperaba que Celeste hiciera eso por él... como había hecho Caroline, la hermana del propio Herschel.

Lo que irritaba a Celeste era que su hermano recibiera el crédito de un trabajo que en buena parte no era de él,

que fuera miembro de sociedades científicas, que pudiera conversar con otros astrónomos acerca de sus descubrimientos... porque ¡era ella la que realmente amaba ese trabajo, la que se desvivía por él un día sí y otro también!

Y esa precisamente era la razón por la que no se quejaba. Y es que de no estar Nicholas ella no sería otra cosa que una mujer de ideas ridículas. Su hermano le había prometido que si alguna vez descubría por sí misma un cometa, se aseguraría de que recibiera el crédito que le correspondiera. Dos veces había pensado que lo había hecho, pero más adelante descubrió que no había sido la primera.

Lo cierto era que se trataba de una fuente incesante de decepciones.

—Madre se va a la cama, y dice que entres antes de que te quedes helada con el frío que hace. Cree que deberías pasar el telescopio dentro y mirar por la ventana —dijo, y torció mínimamente la boca a sabiendas de lo que Celeste pensaría de la propuesta—. Pero yo te he traído los guantes, por si prefieres quedarte aquí para poder ver toda la bóveda celeste.

Le dedicó una sonrisa a su hermano y se puso los guantes, deslizando los dedos dentro de ellos y agradeciendo inmediatamente su abrigo.

—¿Acabas de volver a casa? —preguntó, y Nicholas soltó una risotada.

—No, no exactamente: lo que voy a hacer es salir dentro de un rato.

—¿Que vas a salir? —exclamó ella asombrada—. Pero Nicholas, debe ser...

—Medianoche, sí —dijo—. Y, además, una de las escasas noches en las que madre no nos ha preparado ninguna salida social.

Celeste puso los ojos en blanco.

—No sabes lo que deseo que se dé por vencida al respecto y deje el tema en paz.

–Quieres decir que nos deje en paz a nosotros, supongo –puntualizó él alzando una ceja–. No pertenecemos a la nobleza, ni perteneceremos nunca. No sabes cuánto deseo que madre deje de procurarlo. Pero tú tampoco ayudas, ¿sabes?

–¿Que yo no ayudo? –dijo Celeste llevándose la mano al pecho–. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

–De ti y tus amigas tan aristocráticas, con las que vas a bailes distinguidos, como el que ofreció el duque –dijo entre dientes.

–Eso no es culpa mía –repuso–. ¿Cómo iba yo a saber que el hermano de Jemima iba a convertirse en duque? ¿O que Freddie se iba a hacer tan amiga nuestra? Y tampoco puedes decir nada de Rebeca, porque tampoco ella era aristócrata hasta que se casó con...

–¡De acuerdo, de acuerdo! –exclamó su hermano, extendiendo las manos en señal de rendición–. Lo entiendo. No es fácil ser alguien con dinero fresco y abundante en un mundo en el que los que ostentan títulos tan antiguos como la propia Gran Bretaña te miran por encima del hombro.

–Si te digo la verdad, eso no me importa en absoluto –dijo encogiéndose de hombros–. Lo único que significa es que padre trabajó mucho y bien, y fue capaz de labrarse un futuro por sí mismo. No hay nada de lo que avergonzarse.

–Me gustaría ver la vida del modo que la ves tú –dijo Nicholas suspirando.

–Pues no entiendo por qué no lo haces.

–Será mejor que me vaya –dijo sonriendo–. ¿Estás tomando notas en detalle?

–Por supuesto, como siempre –confirmó–. Aunque esta noche apenas ha habido nada que anotar, salvo una nueva nebulosa –dijo, y se rascó la nariz–. De todas formas, hay una cosa que me está dando que pensar...

–¿El qué?

–¿Te acuerdas de ese planeta que descubrió Herschel, la Estrella de Jorge?

Nicholas la miró con impaciencia.

–*Georgium Sidus*, sí. El hecho de que pertenezcamos al vulgo, Celeste, no implica que tengamos que hablar a tono con ello.

–Has hablado como lo hace nuestra madre –aseveró poniendo los ojos en blanco.

–Pero esto es distinto. Se trata de nuestro trabajo como científicos –insistió, pero ella se lo quedó mirando.

–Vamos a ver, Nicholas... Si les preguntas por él a los franceses, o a los alemanes, no lo van a llamar así. Los franceses prefieren llamarlo Herschel, mientras que los alemanes lo llaman Urano. Y yo estoy de acuerdo con ellos.

–Eso se puede considerar alta traición –dijo, y entrece rró los ojos cuando ella lo miró inclinando la cabeza hacia un lado–. Pero bueno, sí, el nuevo planeta. El primero que se ha descubierto en la época moderna. Por supuesto que lo conozco.

–Hay una cosa que me desconcierta...

–Celeste, ya hemos hablado sobre eso. Las leyes de Newton no se cumplen a tanta distancia del sol, eso es todo.

–No estoy tan segura de que se trate de eso –dijo ella negando con la cabeza–. He hecho algunos cálculos, y...

Nicholas la detuvo alzando una mano.

–Hablemos de ello en otro momento. Ya llego tarde.

–Muy bien –aceptó ella a regañadientes y con un suspiro de exasperación. Tenía claro que a su hermano no le fascinaba la astronomía tanto como aparentaba–. Pásatelo bien.

Él le guiñó un ojo y sonrió con picardía.

–Siempre lo hago.

Giró sobre sus talones y la dejó sola en el jardín, aunque en realidad no necesitaba compañía alguna para ha-

cer lo que tanto amaba.

* * *

AL DÍA SIGUIENTE, en una zona de la ciudad no muy lejana, Oliver Cunningham no dejaba de repasar los cálculos que había hecho con su habitual y clara letra en uno de los papeles extendidos ante él.

—¿Me habré equivocado en algo?

Levantó la cabeza y vio a su madre en la puerta. Se pasó los dedos por la sien, dándose cuenta de que volvía a necesitar un corte de pelo.

Su madre estaba de pie junto a la puerta, vestida como si fuera a ir a algún sitio. Llevaba el pelo, negro aunque salpicado de canas grises, peinado hacia atrás a la última moda.

—¡No hay manera! —murmuró entre dientes—. Algo no está haciendo lo que debería, porque los resultados de los cálculos no son los que deberían.

—¿Cómo? —dijo ella alzando una ceja—. ¿Hablas de alguien que no se ha preparado para acudir a un evento al que se comprometió a ir para acompañar a su madre? ¿Que una vez más va a evitar para no cumplir con su deber, como debería haber hecho ya hace muchos años?

Alzó la cabeza y la miró con afecto.

—¡Oh, madre! —dijo. Se puso de pie inmediatamente, cruzó la habitación a grandes zancadas y la besó en la mejilla. Después se acercó a la repisa de la chimenea para mirar la hora—. ¿Qué hora es?

—Pues muy tarde para seguir sentado mirando todos esos papeles llenos de números incomprensibles —dijo señalando el escritorio. Se acercó, agarró la regla de cálculo y empezó a manipularla desmañadamente.

Oliver levantó la mano para decirle que dejara la regla, porque después la iba a necesitar y tendría que reajustar-

la, pero ya era tarde, y dejó caer la mano con gesto de resignación.

—No termino de entender cómo funciona este aparato —dijo ella frunciendo el ceño y observando el instrumento desde varios ángulos—. Y, además, ¿para qué lo necesitas? Tus tutores siempre me decían que eras el chico más inteligente con el que se habían encontrado. Si a eso le unimos tu encanto, Oliver, llegamos a la conclusión de que todas las mujeres casaderas de la aristocracia deberían estar rendidas ante ti, aunque tu título no sea de los más altos. ¿Sabes una cosa? Tienes suerte de que tu madre está bien relacionada, porque de lo contrario nunca encontrarías a la joven adecuada.

La miró de soslayo y sonrió para apaciguarla.

—Voy enseguida, madre, se lo prometo.

Su madre lo señaló con dedo acusador.

—Haz el favor de arreglarte antes de ponerte a mirar otra vez por ese monstruoso aparato, ¿me has entendido?

—¿Se refiere a mi telescopio?

—¡Sí, claro! ¡Por Dios, Oliver, es tan largo que no me extrañaría nada que hubiera algún nido dentro!

No pudo por menos que reírse. Le puso la mano en la espalda y la empujó suavemente hacia el pasillo.

—Entendido. Odia el telescopio. Pero ahora disfrute del hecho de que me voy a comportar como un buen hijo. Buscaré a mi ayuda de cámara para que tenga la paciencia de prepararme para salir. ¿Eso le hace feliz?

—Por supuesto, pero...

—Ahora puede ir a darle conversación a Alice. Nos vemos en el vestíbulo dentro de un rato.

—Tómame el tiempo que necesites para estar presentable, ¿de acuerdo?

—¿Es que no lo estoy habitualmente?

Lo miró con cara de circunstancias mientras avanzaba por el pasillo rezongando.

Oliver rio y subió las escaleras para dirigirse a su habitación. Quería a su madre, y mucho. Pero en noches como esta hubiera deseado que no se preocupara tanto por su futuro.

* * *

—ESTA NOCHE ESTÁ GUAPÍSIMA, ¿verdad, Ollie? —le susurró Alice al oído mientras Oliver llevaba del brazo a su madre en dirección al salón. Fingió que no la había oído, aunque observó la mirada intencionada de su hermana.

El duque de Wyndham, sexto de su nombre y el más improbable de los seis, ofrecía su baile bianual, aunque Oliver sabía bien que era la madre del duque la que forzaba esas celebraciones. Wyndham y él compartían dos cosas: el escaso apego por las celebraciones sociales y unas madres a las que les entusiasmaban. En cualquier caso, tampoco le importaba haber acudido hoy.

Y era así sobre porque el duque y su esposa se caracterizaban por no restringir sus invitaciones a la aristocracia, sino que también abrían sus puertas a otros estamentos sociales, lo cual hacía que el evento fuera más llevadero. Oliver miró a su alrededor para decidir con quien merecería la pena compartir parte de su tiempo y a quien prefería evitar.

—Ollie —dijo Alice en un susurro, y miró a su hermana, cuya oscura media melena apenas le llegaba al hombro.

—¿Sí?

—Viene para acá.

—¡Maldición!

—¡Oliver! —siseó su madre hablándole por la otra oreja—. ¡Ya está bien! *Lady Venecia* está adorable esta noche.

Echó un vistazo a su alrededor hasta localizar a la joven que sorteaba con decisión, y en algún caso casi apartaba, parejas, damas y caballeros solos y hasta sirvientes para acercarse a toda prisa hacia ellos. Su madre y su hermana

tenían razón, tenía buen aspecto, o al menos eso imaginaba, pero lo cierto es que no le apetecía ni siquiera mirarla.

No obstante había hecho una promesa, y la iba a mantener. Se podían decir muchas cosas de él, pero no que no cumpliera la palabra dada, y menos que dejara de lado a una mujer.

—*Lady Venecia* —dijo haciendo una profunda reverencia para besarle la mano, y la joven se ruborizó de forma encantadora. O quizá fuera que acababa de darse cuenta de que llevaba colorete, no estaba seguro del todo—. Está usted preciosa.

—Gracias, lord Essex —respondió ella, y Oliver se preguntó con cierta desesperación si se habría puesto ese vestido tan extravagante por él. El corpiño estaba tan bajo que casi pudo contemplar lo que se suponía que debía ocultar cuando se inclinó para besarle la mano, y estaba tan apretado hasta la cintura que apenas dejaba nada a la imaginación. Se le revolvió el estómago, y pensó que quizá tendría que buscar una palangana.

El notar un pellizco en la espalda no ayudó nada a mejorar la situación.

—¡Ay! —se quejó entre dientes, pero recuperó la sonrisa al ver que *lady Venecia* lo miraba sorprendida—. ¡Ah, sí! ¿Me hará el honor de bailar conmigo el primer baile de esta noche?

—¡Por supuesto! —respondió con voz aterciopelada, y Oliver no pudo por menos que escuchar el extraño ruido que surgió de la garganta de su hermana—. Creo que van a empezar con un vals...

Oliver escuchó los primeros acordes y suspiró para sí. Habría necesitado tomarse antes una copa, pero se resignó a acabar con aquello cuanto antes.

—Así es, en efecto —dijo—. Vayamos a la pista, *lady Venecia*.

CAPÍTULO 2

Celeste al menos estaba contenta en un aspecto: conocía la casa muy bien, y por eso tenía claro por dónde podía escaparse sin ser vista, si es que tuviera la necesidad de hacerlo. Los duques de Wyndham vivían en una de las mansiones más grandes de todo Londres, tanto que, desde su punto de vista, difícilmente podía considerarse una simple casa.

Así que había salido a hurtadillas del salón de baile, y después atravesado el salón de estar hasta llegar a lo que en principio parecía un invernadero, aunque ella sabía bien que no solo era eso. Su querida amiga Jemima, la hermana del duque, tenía un laboratorio químico escondido en uno de los rincones de la enorme habitación, aunque en ese momento la vegetación estaba organizada con gran habilidad, ocultando a cualquiera que pasara por allí el secreto mejor guardado de su amiga. Porque Jemima era algo más que una mujer muy bella, de hecho bastante más.

No obstante, el laboratorio no era el destino de Celeste. No, ella se dirigía a otro lugar. Abrió las puertas del balcón que daba al jardín. Llevaba unas bailarinas de suela deslizante y estuvo a punto de resbalarse sobre el húmedo piso de piedra. Se sujetó a la barandilla y contempló el ondulante jardín. La madre del duque había insistido en que, cuando la reforma de la casa estuviera terminada, los jardines también tendrían que estarlo para admiración y

envidia de todos los que tuvieran la oportunidad de visitarlos. Rebeca, la esposa del duque y arquitecta que había diseñado la reforma de la casa, había hecho un magnífico trabajo.

La vista era preciosa, sin la menor duda, pero Celeste no estaba interesada en esos momentos en las pequeñas fuentes ni en los preciosos parterres llenos de flores que se extendían un poco por debajo de ella.

Lo que hizo fue apoyarse de espaldas sobre la barandilla y mirar las estrellas que brillaban sobre su cabeza, al tiempo que suspiraba aliviada.

Allí fuera había encontrado el remanso de paz que estaba buscando. La sala de baile estaba atestada de gente y le resultaba muy ruidosa, y ya había pasado suficiente tiempo escondida con Jemima en un rincón. Su madre le había estado lanzando miradas continuamente, y en un momento dado su expresión se tornó calculadora, por lo que Celeste supo que había tomado la determinación de colgarla inmediatamente del brazo de cualquier hombre soltero con el título de «lord» precediendo a su apellido que pasara por las cercanías. Así que Celeste había salido huyendo casi a todo correr, dejando a Jemima muerta de risa en el rincón.

Dejó vagar la mirada por el estrellado cielo, buscando las estrellas que más le llamaban la atención, y a las que consideraba como su casa. No le afectaron ni la dureza del suelo ni el frío de la barandilla de piedra sobre la que apoyaba la espalda, y extendió el dedo índice para trazar la forma de una constelación.

—¿Habrá estrellas fugaces esta noche?

Sobresaltada, Celeste intentó ponerse derecha para ver quién había osado interrumpirla en su santuario, pero se le enredó un pie entre las faldas y tuvo que apoyarse con fuerza en el borde de la barandilla para sujetarse. No lo logró del todo, y medio cayó de espaldas emitiendo una especie de gruñido, tanto de frustración como de sus-